

ANTONY BEEVOR:

LAS ARDENAS: “TODOS LOS GENERALES ALEMANES VIERON QUE EL PLAN DE HITLER ERA UNA LOCURA”.



El 16 de diciembre de 1944, los tanques alemanes cruzaron los bosques de las Ardenas. Hitler quería recuperar Amberes y quebrar la alianza entre británicos y estadounidenses. Antony Beevor nos cuenta cómo aquella jugada desesperada se convirtió en la batalla más cruel del frente occidental.

JOAQUÍN ARMADA, HISTORIADOR Y PERIODISTA

Antony Beevor es diestro. Por eso le duele el codo derecho después de firmar más de cinco mil ejemplares de su último libro, *Ardenas, 1944*, publicado en inglés y español al mismo tiempo. “Tres mil antes de que se distribuyese, dos mil después”, aclara cuando miro con lástima su codo maltrecho. Por fortuna para su tendinitis, ha llegado a Madrid acabada la Feria del Libro para promocionar su última incursión en un conflicto, la Segunda Guerra Mundial, que desde *La batalla de Creta* (1991) nos ha contado con un estilo envidiable, combinando la visión de los generales con la de los soldados rasos, sin olvidar nunca el sufrimiento de los civiles. En *Ardenas, 1944* (Crítica), el historiador británico nos hace sentir el frío que dominó la batalla, la desesperación e incertidumbre de los civiles, las rencillas y suspicacias de los ge-

nerales aliados, la valentía decisiva de los infantes estadounidenses, la brutalidad que dominó a atacantes y atacados.

Usted ya contó la batalla de las Ardenas en *La Segunda Guerra Mundial (Pasado y Presente, 2012)*. ¿Qué ha descubierto escribiendo este libro?

Tenía una idea del asesinato de los prisioneros, pero ignoraba hasta qué nivel llegó. Tampoco sabía cuántos civiles fueron asesinados (unos dos mil quinientos en Bélgica y otros quinientos en Luxemburgo). En los Archivos Nacionales de Londres encontré más detalles sobre el fracaso de la inteligencia aliada. Incluso los generales alemanes prisioneros en las cárceles británicas conocían el ataque. Sus conversaciones están grabadas. Se pasaron al ministro de Defensa y también llegaron al Cuartel General de Eisenhower, pero nadie reaccionó porque pensaron que era una fantasía.

Traza un retrato bastante desfavorable de los generales aliados. Montgomery no le cae muy bien... y tampoco Bradley.

Solía ver de vez en cuando a lord Montgomery (el hijo del mariscal), y siempre me decía: “No fuiste demasiado amable con mi padre en tu último libro”. No sé qué diría de este —dice mientras sonrío—, aunque ya es bastante mayor.

¿La derrota alemana fue un mérito aliado o un fracaso del plan de Hitler?

Definitivamente, más bien lo segundo. Fue un fracaso del plan. Todos los generales alemanes vieron que era una locura, pero después del atentado que había sufrido (el 20 de julio de 1944), era muy poco probable que Hitler escuchase sus consejos. Estaba más obsesionado con sus ideas.

De hecho, dio un papel muy relevante en la ofensiva a las unidades de las SS,

que usted destaca estaban mejor equipadas que las de la Wehrmacht, pero peor adiestradas y dirigidas.

Sí, es cierto. Pero a lo largo de la guerra las SS compensaron sus insuficiencias tácticas con su brutalidad pura y dura. Tuvieron el índice de bajas más alto entre las tropas alemanas, porque sentían como una necesidad evidente mostrar su valentía. Eso provocó la pérdida innecesaria de muchas vidas. El propio Hitler lo alentaba y alardeaba de esas pérdidas. De hecho, vio casi como un triunfo que en un único combate la Leibstandarte SS Adolf Hitler tuviera dos mil bajas. Sentía que el sacrificio y la sangre eran necesarios para bautizar la victoria.

Pero esa brutalidad, ese intento de provocar la parálisis de los soldados aliados, se volvió en su contra en las Ardenas.

Sí, absolutamente. Había ejemplos previos

de que intentar provocar el colapso, el pánico, mediante la brutalidad podía provocar el efecto contrario. Aun así, Hitler instruyó a sus hombres el 12 de diciembre (cuatro días antes del inicio de la ofensiva) para provocar un *shock* a los estadounidenses que causase su derrumbe, porque solo así podrían cruzar las Ardenas tan rápido como necesitaban hacerlo para llegar al río Mosa. Los alemanes eran demasiado optimistas. Peiper (Joachim Peiper, coronel de las SS que comandaba un grupo de combate en la vanguardia del ataque, y cuyos hombres asesinaron a 84 prisioneros estadounidenses y varios civiles belgas cerca del pueblo de Malméd) realizó una prueba con un tanque en una carretera, pero el consumo de combustible por los malos caminos de las Ardenas fue tres o cuatro veces mayor de lo que pensaban. Los tanques Tigre, además, eran demasiado pesados para cruzar los puentes.

Aun así, hay un historiador sueco (Christer Bergström, *Ardenas. La batalla, Pasado y Presente, 2015*) que sostiene que los alemanes podían haber ganado.

Ah, sí, el sueco otra vez (risas). ¡Es increíble! ¡Es el primer historiador que sostiene esta idea! No he leído su libro, así que no sé cómo lo justifica. Pero todos los generales alemanes decían que el plan era una locura antes de que la batalla comenzase. Después de la guerra, en los interrogatorios llevados a cabo por los estadounidenses, ni uno solo de los generales alemanes involucrados en la ofensiva dijo que había sido posible conseguir lo que Hitler quería lograr. Todos declararon que lo máximo que podían esperar era atravesar el río Mosa, pero no llegar a Amberes.

Hitler quería romper la alianza de británicos y estadounidenses, lo que parecía imposible, pero lo cierto es que a partir



AMERICANOS en marcha para cortar la carretera de Saint-Vith a Houffalize, 24 de enero de 1945.

Patton, el general poeta

En la contraofensiva estadounidense, Patton y su III Ejército desempeñaron un papel fundamental. Me ha sorprendido descubrir en su libro que durante la batalla escribía poemas.



¡Era una poesía terrible! (dice Beevor mientras hace un gesto de disgusto). Patton [en la imagen] era un personaje muy muy extraño. Alguien que solo sirve para la guerra, que debería ser encerrado en tiempos de paz.

Así aparece en el guión que Coppola escribió para la película de Franklin J. Schaffner (*Patton*, 1970).

Sí, George C. Scott está muy bien en el papel. Tal vez demasiado serio, porque Patton era gracioso, aunque tenía un sentido del humor malísimo.

Cuenta usted que condecoró a un capellán cuando el cielo se despejó y permitió a la aviación aliada despegar... ¡Era casi como pretender condecorar a Dios!

¡Oh, sí! Pero, mira, era un personaje contradictorio. En la entrada de su diario del día de Navidad escribió: "Un día de Navidad frío y despejado, un tiempo espléndido para matar alemanes. Aunque quizá no debería decir eso, considerando de quién es el cumpleaños hoy".

UN POEMA DE PATTON

"¡Oh pueblecito de Houffalize, / qué tranquilo te vemos ahí! / Sobre tus empinadas y machacadas calles / los aeroplanos surcan el cielo. / Pero en tus oscuras calles no brilla / ni una maldita luz; / esperanzas y temores de todos tus años / han sido mandados al infierno la pasada noche".

de las Ardenas la relación entre ambos ejércitos fue mucho peor. Escribió usted que fue "una derrota política de los británicos", especialmente por el comportamiento de Montgomery.

Bueno, no era tanto la tensión entre británicos y estadounidenses, porque muchos británicos eran tan anti-Montgomery como los estadounidenses. Por ejemplo, la RAF le odiaba porque en el norte de África siempre se había atribuido la victoria, sin reconocer sus méritos. En cualquier caso, el problema básico no era tanto el enfrentamiento entre los generales británicos y los estadounidenses, sino entre la prensa estadounidense y la británica. Eisenhower, viendo el peligro, no anunció que Montgomery había recibido el mando de las fuerzas estadounidenses en el norte (después de que Bradley quedase aislado de sus tropas). Pero cuando la prensa británica lo publicó —o se permitió que lo publicase, porque obviamente podía usarse la censura para impedirlo—, se volvió loca. Dijo que demostraba que Montgomery debería ser el comandante de todas las fuerzas aliadas. Esto desesperó a los estadounidenses. Fue sobre todo la prensa británica, y en especial el *Daily Mail*.

¿Ha visto la película *Corazones de acero*? ¿Qué le parece el retrato de la violencia de los soldados estadounidenses?

Estoy seguro de que no es inexacto, digámoslo así. Obviamente, había ejemplos de ese tipo. Olvidemos el final del filme, que es como el de *Salvar al soldado Ryan*.

Sí, traiciona toda la película. Esta muestra los crímenes de los soldados estadounidenses sobre los prisioneros alemanes, que, durante mucho tiempo, se han silenciado en las historias de la II Guerra Mundial, pero que usted sí muestra en su libro.

No ha ocurrido solo en las Ardenas. Los libros sobre la I Guerra Mundial tampoco han escrito acerca de ello porque, a no ser que tengas evidencias firmes, y la mayoría son anecdóticas, apenas tienes estadísticas, solo puedes especular. En las Ardenas no sabemos si los alemanes mataron a más prisioneros estadounidenses o viceversa. Lo único que podemos decir es que la reacción de los estadounidenses después de la masacre de Malmédy fue intensa y, tam-



HOMBRES de la 28.ª División de Infantería estadounidense cerca de Wiltz. Enero de 1945.

bién, excesiva. El hecho de que fuese alentada por oficiales, incluso por Bradley —el general que mandaba el XII Grupo de Ejércitos estadounidense—, es alarmante. Hay que subrayar que hay toda una mezcla de razones y motivos por los que se mata a los prisioneros. No solo por venganza, aunque quizá era lo más común. A veces se los ejecutaba porque era demasiado complicado mandarlos de vuelta a través de la nieve, sobre todo si estaban gravemente heridos. Pero antes de emitir un juicio moral, debemos entender la mane-

ra en que muchos de los soldados fueron brutalizados por la batalla. Muchos sufrieron no solo culpabilidad, sino un desequilibrio postraumático de estrés por haber visto y formado parte de esas matanzas.

Habla usted del escenario de la batalla. En su página web ([www. antonybeevor.com](http://www.antonybeevor.com)) aparece en un vídeo en las Ardenas. Da frío solo con verle...

Sí, tenía frío, ¡y eso que llevaba el equipo adecuado! El cámara todavía lo pasó peor, porque no me había creído cuando le dije

que habría nieve, así que tuve que dejarle ropa. En algunos sitios la nieve nos llegaba por encima de la rodilla.

Ese frío en la batalla está muy bien descrito en su relato. ¿A quién ayudó más? ¿A los atacantes o a los defensores?

No solo estaba el frío. También el barro, que perjudicó el avance alemán, y el hielo, que lo favoreció. Las cadenas de sus tanques eran más anchas y tenían mejor agarre que las de los Sherman estadounidenses. Pero es un detalle. Lo que real-

mente marcó la diferencia para los aliados fue el anticiclón que vino de Rusia. Las altas presiones permitieron que el cielo se despejase. Cielos azules y un frío negro. Las fuerzas aéreas aliadas pudieron intervenir. La meteorología podía ser una espada de doble filo. Para los alemanes, las nubes eran buenas, impedían que la aviación estadounidense pudiera despegar y ver sus movimientos.

Mi imagen de la batalla era la de un paracaidista estadounidense en su pozo de tirador, mal abrigado, con poca munición y enfrentándose a los blindados alemanes que avanzaban a través del bosque. Esa imagen apenas ha cambiado tras leer su libro. La victoria aliada parecía inevitable, pero al final dependió de un puñado de miles de hombres que resistieron en las horas iniciales de la ofensiva alemana.

Sí. Es totalmente cierto. El hecho en sí de que los soldados estadounidenses aguantasen hombro con hombro en Saint-Vith y Bastogne bloqueó los nudos de carretera para los alemanes. Y, por supuesto, eso marcó la diferencia en la batalla. Todos los comandantes estadounidenses se dieron cuenta de la importancia de estos cruces de carretera y de estos pueblecitos.

Esos paracaidistas estadounidenses que resistieron en Bastogne son también los protagonistas de su próximo libro, dedicado a la Operación Market Garden, cuyo fracaso precedió y permitió el ataque alemán en las Ardenas.

Sí, así es, los hombres de la 101.ª División Aerotransportada.

Es consciente de que en la portada de su último libro su nombre ocupa más espacio que el título.

(Risas). Bueno, eso es solo en la edición española.

Pero lo cierto es que se ha convertido en una auténtica celebridad de la historia militar. ¿Siente ahora más presión que cuando comenzó a escribir?

No, curiosamente no, porque es difícil tomárselo en serio (risas). Recuerdo que un periodista sueco me preguntó: "¿Cómo se siente siendo un historiador 'rock and roll star'?". Es una contradicción tan ridícula que es muy difícil tomarla en serio. ■